

ritmo del corazón como el redoble de un oculto tambor que nos guía y nos retempla en las batallas de la vida. Su divisa es la consigna de los pueblos libres y de las almas ardientes.

Un elocuente escritor, — con cuyas ideas difiero, por lo demás, — lo ha dicho en una hermosa comparación que me permitiréis reproducir para terminar. « Después de la batalla de Alma se vió un extraño espectáculo. Un soldado inglés de talla homérica yacía en la llanura, vuelto el rostro al cielo, abierto el ojo y fija la pupila como si midiera con la vista un enemigo en el espacio. — Sin embargo, estaba muerto. Pero al agonizar, cuando aún palpitaba sobre la yerba, un buitre revoloteaba encima de su cabeza para devorar sus carnes tibias todavía. El herido había visto, á través del velo de la agonía, flotar como un velo más la sombra fúnebre del ala de su último enemigo; y con supremo esfuerzo había cogido el buitre por el cuello y le había estrangulado antes de dar el último suspiro. Después de muerto, le apretaba aún con una mano eternamente contraída y ambos reposaban juntos. Obremos como el soldado!»

Es decir, señores: luchemos contra toda adversidad obedeciendo la ley del progreso sin fatiga y sin reposo. — Dios nos ha dado la vida para el trabajo, y la tumba para el descanso.

## LECTURA V

*Fraternidad, Igualdad, Libertad. — Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa: el cristianismo, su ley.*

SEÑORES:

Las palabras simbólicas de la Asociación «Mayo» que voy á estudiar forman un solo cuerpo de doctrina. Prevenios contra una falsa alarma. — Por lo mismo que la charlatanería y el crimen desprestigian las divisas que explotan, restablecerlas, rectificando su sentido, es obra útil y valiente si encierran verdades capaces de salvar los pueblos; y sea éste el primer homenaje que tributo á los nobles pensadores que procuraron disipar la nube de sangre que envolvía esta hermosa fórmula y levantarla de la vulgaridad en que la han hundido los declamadores de plazoleta. ¡Libertad, igualdad, fraternidad! era el grito del guillotinator francés: es el estribillo de los pseudo políticos, el lugar retórico de todos los farsantes. Sin embargo, esas palabras expresan el ideal culminante de la civilización y los caminos de redención para los pueblos

que gimen en esclavitud, los del progreso para aquellos que la han rechazado ó que no la conocieron jamás. Y reparad, desde luego, que el *Dogma socialista* altera el orden de su enunciación consuetudinaria para colocarlas en una graduación lógica; reparad que al explicarlas, sube hasta las regiones más encumbradas de la abstracción y desciende á todas sus aplicaciones concretas, despejando así los principios políticos y las instituciones en que se realizan; y por fin que las enlaza con las palabras en que consignaba su credo religioso. Atribúyeles, de esta manera, un valor peculiar, puesto que por ellas eleva el pensamiento político y social á sus formas supremas y á sus fuentes metafísicas.

La libertad moral, es un hecho; la libertad civil es un derecho que no se desenvuelve sino en virtud de la igualdad de todos los hombres ante la ley y la justicia distributiva. Pero como toda forma de las relaciones humanas supone una condición moral que la genera, la igualdad que engendra la libertad tiene su raíz y su apoyo en el más esplendente producto de la simpatía, —el sentimiento de la fraternidad común.

Tal era el raciocinio del *Dogma* si reducimos sus axiomas á los elementos discursivos en que pueden descomponerse. Difería capitalmente del raciocinio de Robespierre que podía com-

pendiarse así:—todos los hombres son iguales porque son libres, y siendo iguales deben fraternizar.

Para ser del todo imparciales conviene declarar que ambos son fuertes y debieran conducirnos á consecuencias semejantes: sólo que el segundo confunde en un mismo concepto los hechos y condiciones psicológicos con los hechos y condiciones sociales,—al paso que el primero discierne ambos órdenes de ideas y de fenómenos, y para construir la teoría política toma por punto de partida el último dato de la psicología que es la premisa cardinal de las ciencias sociales.

A la verdad,—cualquier teoría social reconoce por base una noción del derecho, y ninguna noción de derecho es perceptible cuando se considera al hombre como un sér aislado.—Decir que el libre albedrío es un derecho, equivaldría á decir que son derechos la inteligencia ó la sensibilidad.—Nuestras facultades morales ó nuestras fuerzas físicas son hechos cuya lógica y armonía descubre la ciencia, pero que sólo poseemos como dones gratuitos y que no determinan derechos sino en cuanto con ellas y por ellas nos vinculamos á la sociedad. Son además indestructibles; no pierde un hombre la propiedad de respirar porque se le prive del aire, ni la facultad de pensar porque se coarte la manifestación de sus ideas, ni su libertad aunque se le reduzca á impotencia para realizar sus voluntades. Hácese aquí palpable la diferencia que

media entre los resultados lógicos de la constitución moral del hombre y el respeto de esos resultados consignados y garantidos en las leyes de un pueblo. En fuerza de considerarnos esencialmente libres é iguales en nuestra libertad, y en la inteligencia y la sensibilidad que harían del hombre un sér trunco y absurdo si no fuera un sér libre,—todos los hombres nos reputamos hermanos. Aquí terminan la psicología y la moral y comienza la política; porque de aquí se sigue la obligación estricta de no perturbar la igualdad, y de garantir toda serie de manifestaciones intelectuales ó de actos libres con tal que no entorpezcan ni traben otra serie, igual en categoría, de manifestaciones intelectuales y de actos libres.

No me detendré á explicar lo qué es la fraternidad; los sentimientos no se definen. Vosotros recordáis sin duda los días plácidos de la infancia, y la inalterable unión que asimila á los que han nacido del mismo seno, crecen en el mismo hogar, en los mismos ejemplos, con iguales inquietudes, amores indiscernibles y amarguras comunes; habéis llegado á las edades explosivas ó á las épocas maduras de la vida atados á vuestros hermanos con un vínculo que el tiempo vigoriza y que la experiencia perfecciona; sabéis que ninguna mezquindad amortece el amor fraterno que da encantos y fuerzas juntos, como esos perfumes vivificantes de la selva y de los prados que invitan á respirar y dilatan los pulmones. Si lo sabéis,—¡y quién lo ignora cuan-

do tiene delicada el alma y generoso el corazón!—tenéis la nota de este sublime tema de la fraternidad humana. Es el mismo instinto del ánimo despojado de las circunstancias que en la vida doméstica le condensan y le dan relieve: más extenso, más difuso, menos poderoso; y en consecuencia, esponente, cuando domina, de un carácter más elevado y más virtuoso.

Ahora,—de la fraternidad se deriva la igualdad fundada en el respeto recíproco de todos los derechos. — «Para que la igualdad se realice,—decía el *Dogma*,— es preciso que los hombres se penetren de sus derechos y obligaciones mútuos». En abstracto, se comprende sin esfuerzo que, partiendo de la fraternidad de los hombres, no puede llegarse á otro resultado sino á la comunidad del derecho y la desaparición de todo privilegio, cualesquiera que sean los títulos en que se funde, y basta la fórmula que acabo de reproducir para enunciar la doctrina igualitaria; pero ninguna teoría política ha sido tan explotada y pervertida como ésta en los tiempos modernos y en el seno de las revoluciones liberales.

Utopistas, arrastrados á lo extravagante por sus conceptos fantásticos, han preconizado la igualdad absoluta, la igualdad de las riquezas, la igualdad de la influencia: el comunismo sustituido á la propiedad, la suerte sustituida á la elección para la investidura de los mandatarios populares. Serían invulnerables si aceptáramos su definición de la igualdad; pero la igualdad

como ellos la entienden no existe ni existirá en los siglos, porque es contradictoria. Confunden lo natural con lo artificial, y por atacar las desigualdades abusivas consentidas por los pueblos ó que les son impuestas violentamente, atacan las desigualdades inherentes á la condición humana, y aquí caen en un absurdo flagrante. Mientras sea diversa la medida de las aptitudes, será diversa la medida de todo esfuerzo y de sus resultados; y como quiera que lo que inspira el sentimiento fraterno es el respeto y la garantía del derecho de cada cual sin preferencias ni exclusiones,—se sigue que es repugnante un igualitarismo que sacrifica los derechos evidentes de unos en favor de los derechos ficticios de otros. La igualdad bien entendida es la raíz del derecho de propiedad con todas sus consecuencias.—Ni es menos palpable el error de los que rechazan como ilegítima la influencia política de los hombres superiores, llevado por Rousseau hasta adoptar medios aleatorios para designar las personas que deben ejercer funciones públicas en el Estado.—La democracia destruye el privilegio, pero conserva la jerarquía. Los pueblos tienen que escoger entre los dos extremos de esta alternativa: ó aventurarse temerariamente confiriendo el gobierno á malvados ó á incapaces para quienes es favorable todo cálculo de probabilidades bien hecho,—ó depositar su confianza, por actos reflexivos, en las inteligencias altas y en los caracteres austeros; de manera que, consultando sus intereses

de civilización y de libertad, deben acatar su aristocracia natural.—Precisamente la ventaja que los gobiernos populares llevan á los de privilegio consiste en que pueden reclutar constantemente su aristocracia, incorporarle todo hombre digno, y retemplar los elementos gobernantes sin agravio de ningún derecho ni mengua de la igualdad.

De suerte que la igualdad democrática no es el allanamiento de las superioridades ni la anulación de los hechos y de los principios en que se funda el orden económico: es la identidad de todos en el derecho y bajo la ley, cuya supremacía uniforme é inexorable es el baluarte de todas las libertades. El que ha sido hábil y fuerte para la labor no puede ser despojado en favor del perezoso y el torpe, ni el hombre virtuoso y de genio puede ser pospuesto, en cuanto á su influencia política, por el corrompido y por el ignorante; pero todos, los favorecidos como los desheredados, los grandes como los pequeños, los que mandan y los que obedecen, sin discernimiento de cualidades ni de categorías, deben subordinarse á una sola expresión de la razón pública, es decir, á una sola ley, aplicada por un mismo órgano y con iguales garantías de imparcialidad.

Explicar de este modo la igualdad equivale á explicar la libertad civil, que sustancialmente no es otra cosa sino la coordinación de derechos bajo la acción de una ley igual y soberana. No difiero del *Dogma* en ninguno de estos dos pun-

tos; y una vez delimitado el sentido de su divisa, podemos sentar sobre ella la base de su hermoso raciocinio filosófico y social.

Ahondando las cuestiones políticas, revélanse al espíritu conexiones que no espera quien se detiene en la contemplación empírica de las cosas. A primera vista, en efecto,—parece que el orden social y la libertad del hombre en su seno reposaran exclusivamente en el imperio de la ley; pero á medida que se esclarecen las ideas respecto de la naturaleza y operaciones del derecho, la cuestión pierde su simplicidad primitiva.

Importa poco que aceptéis el criterio de Ahrens ó el de moralistas más lógicos que derivan, como yo, la noción del derecho de la noción del deber, si de todos modos convenís en que el derecho existe con prescindencia de las leyes positivas. Nacido en el orden moral, necesita encontrar en él sus últimas garantías. En buena hora que la ley proteste su respeto hacia los derechos del pensador para propagar sus ideas sobre todos los teatros y todas las materias; pero esa libertad será ilusoria si no está robustecida por una virtud común concorde con la disposición legal: esta virtud se llama la tolerancia, y es aquella inclinación del espíritu á acoger imparcialmente las ideas ajenas y conformarse en las luchas de las opiniones y de los partidos con las ventajas que la verdad proporciona á los que la poseen. Suponed un pueblo que haya conocido la esclavitud,—cuya sociabilidad se haya originado en una conquista, en

el duelo de dos razas que diera la victoria á la superior y hundiera en una anulación política completa á la más débil por sus ideas, su instinto moral ó su arte bélico;—tal sociedad llevará en sus entrañas gérmenes de discordia, de humillaciones y vanidades contra las cuales puede reaccionar sin embargo en el campo de la teoría, pero que difícilmente llegará á destruir en lo concreto y en el pormenor de la vida.

Parece que describiera la fisiología de la sociedad argentina.—Nosotros somos decididamente igualitarios en política; pero al lado de la raza blanca heredera del derecho de conquista, vemos moverse razas puras y mezcladas primitivamente esclavas,—cuyo derecho á la libertad acatamos después de la revolución, cuya intervención en las funciones políticas no tenemos reparo en aceptar; pero que á pesar de todo, no son, de hecho, iguales al elemento que las dominó como conquistador ó como amo.—Un sistema inepto de educación popular perpetúa estas desigualdades y somete los descendientes de esclavos y los descendientes del indio encomendados á condiciones serviles, dentro de las cuales viven sin inquietud porque sólo aprenden á obedecer, y que jamás procuran mejorar porque no se les sugiere aquellos apetitos magnánimos que aumentan el valor social de los hombres y con él levantan los caracteres de la civilización general. Y no se diga que si en esto hay culpa, ella recae exclusivamente sobre los gobiernos. Los gobiernos son